

HOJA DOMINICAL

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

NUM.
91210 ejemplares semanales @ 13 al año
50 ejemplares semanales @ 1,25 cada semanaAÑO
XIX

SANTORAL

Dom.	10	2.º Domingo de Adviento. San Melquiades; Papa, Hermógenes, Maximiliano y Abundio mrs. Cuarto Menguante a las 12,24 a. m.	Miérc.	13	Santas Lucía y Otilia vgs., Antíoco y Orestes mrs.
Lun.	11	Stos. Dámaso, Eutiquio y Geneciano, mrs.	Juev.	14	Santos Nicasio, Arsenio, Justo y Teodoro, mrs.
Mari.	12	NTRA. SRA. DE GUADALUPE, Santos mrs. Constancio y Crescencio.	Viern.	15	San Valeriano y Eusebio, obs.; Faustino y Cándido, mrs.
			Sáb.	16	Santos Valentín, Ananías, Azarías y Misael.

Segundo Domingo de Adviento

Evangelio según San Mateo.—(Cap. XI).

En aquel tiempo: Habiendo oído Juan en la cárcel las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: ¿Eres el *Mesías* que ha de venir, o debemos esperar a otro? A lo que Jesús respondió: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres; y bienaventurado aquel que no tomará de Mí ocasión de escándalo. Luego que se fueron estos, empezó Jesús a hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿alguna caña que a todo viento se mueve? Decidme sino: ¿Qué salisteis a ver? ¿a un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que visten así, en los palacios de los reyes están. En fin, ¿Qué salisteis a ver? ¿algún profeta? Eso sí. Yo os lo aseguro, y aún mucho más que profeta. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envío mi ángel ante tu presencia, el cual va delante de tí disponiéndote el camino.

EXPLICACION APOLOGETICA

Los milagros que demostraron a los incrédulos la divinidad de Jesucristo no fueron continuos, ni habían de durar más que un tiempo limitado y siempre al arbitrio de los designios de Dios, que es quien los produce en el tiempo y modo que

le place y son precisos para su divina gloria. Pero la evangelización del mundo de los pobres, de los desvalidos, de los sencillos, de los que el mundo tiene por escoria y son desdenados por las escuelas de los filósofos y de los sabios, como in-

dignos de recibir las luces de la humana sabiduría, ésa duraría siempre. La predicación amable, desinteresada, de la doctrina de la salvación, la más importante de todas y que pertenece al pobre como al rico; la doctrina sobre Dios y sobre los destinos del hombre y sobre el valor de las cosas de la tierra; sería el don que sólo Jesucristo, el enviado del Padre, haría al mundo.

¿Quién sino Jesucristo podía ofrecer el don de tal doctrina y de tan alta sabiduría a los pobres, a esa porción la más numerosa de la humanidad y la más necesitada de luz y de gracia? ¿Cuál fué en la antigüedad pagana la escuela que prodigó doctrinas elevadoras de la pequeñez del pobre, revelándole el sublime misterio de su miserable vida? Antes de Jesucristo como después de El hallaréis hombres interesados en seducir al pueblo, en soliviantarlo, en afiliarlo a ciertas doctrinas partidistas, para hacerlo servir a fines de ambición o de reivindicaciones revolucionarias. Se ha predicado y se predica al pobre, al hombre de trabajo, sus derechos a la cosa pública; se le ha excitado a rebelar-

se contra cierto orden de ideas y de cosas que no están de acuerdo con las ambiciones y las codicias del corazón y las aspiraciones de los sentidos; se predica a esta porción de la humanidad ciertas doctrinas que pueden pesar en la balanza de los intereses de los predicantes; pero no es lo mismo inclinarse al pobre para elevarle y levantarle a pensamientos de grandeza verdadera y, sostenerlo en la prosecución de un ideal de pureza y de moral y de santidad, que llegar hasta su alma embrutecida por el desprecio y por el abandono y sublevarlo e irritar sus enconadas pasiones. Esto lo hacen los hombres. Pero evangelizar al pobre sólo lo ha hecho Jesucristo, y cuantos en su nombre han llegado hasta el corazón de las multitudes y les han predicado la redención de la paz por el amor, por el sacrificio y por el uso razonable de los bienes de la tierra.

Ved por qué el Maestro Soberano pudo ofrecer a la vista de los enviados de Juan la prueba de la evangelización de los pobres, como un signo exclusivo del Redentor de todos los hombres.

SILUETAS SEMANALES

MAS SOBRE LOS CENSURABLES «CONCURSOS DE BELLEZA»

Nos adherimos gustosamente a la acertada y severa crítica que insertó el conocido y notable escritor con el seudónimo de *FILIN* hace dos semanas en el diario de la capital, atacando y reprobando los «Concursos de Belleza».

Qué vienen a ser, en conjunto, todos estos y qué se proponen más o menos solapadamente sus organizadores?

En cuanto a la primera parte de la pregunta, no son otra cosa que una manifestación de superfluidad la más inmoral, responsable y culpable por cuantas toman parte en ellos ante Dios, ante la conciencia y ante la sociedad, puesto que ésta, con semejantes fiestas sale más desmoralizada por la desenvoltura y osten-

tación de carne que se presenta ante sus ojos.

Y lo que se proponen sus organizadores no puede ser ningún móvil sano y honesto, puesto que obligar a exhibir el cuerpo físico de las jóvenes ante un tribunal de varones (no muy santos y virtuosos) y poder recrearse contemplando y analizando la perfección más o menos delineada del talle de cuantas jóvenes se presenten al concurso, exigir la indumentaria con que se han de cubrir o descubrir, vestirse o mejor desvestirse pues hoy así lo requieren las exigencias de nuestros tiempos modernos, todo esto y mucho más que no puede decirse por el respeto debido al concepto de recato y modestia, no puede hacer mucho honor a quienes, bajo cualquier título encubierto de altruismo o sociabilidad inician, organizan y fomentan tales

Concursos de belleza física y en realidad de tanta fealdad moral.

En nombre del deseo que aún vive en los pueblos y sociedades por la conservación de las sanas costumbres, manifestamos nuestra protesta por tales fiestas del todo paganas y en nombre también de la Iglesia que las reprueba, juntamos nuestra humilde voz aunque estamos ya convencidos de que todo ha de ser inútilmente y como predicar en desierto, pero que no por eso hemos de callar, pues cumplimos con un deber de conciencia y por lo mismo lo estampamos en las páginas de «Hoja Dominical».

Las madres y las hijas de tales mamás que ven con buenos ojos el que se efectúen fiestas tan mundanas, piensen y reflexionen que sobre unas y otras, lo mismo que las op- tantes a sentar plaza, que sobre ellas

cae de lleno aquella amenaza y maldición del santo Evangelio: «Ay! del escandaloso; ay! de aquel por quien viene el escándalo: mejor le sería que atándole una piedra de molino al cuello, lo echasen al profundo del mar».

Adelante, amigo *FILIN* con sus laudables campañas en pro de las buenas costumbres que nuestro pueblo aún sano y la buena sociedad costarricense se lo ha de agradecer.

Honestas, virtuosas y santas mujeres de Costa Rica, haced el vacío a semejantes bacanales y oponeos con energía, en nombre de Dios y de la salvación de vuestras hijas y hermanas, a tales *Concursos* que no son en realidad otra cosa que sembrar inmoralidad y corrupción en el mundo ya tan corrompido.

Fr. C. de G.

ETERNIDAD

¡Oh palabra terrible y pavorosa!
tú sola me conturbas y me espantas,
porque oprimes como una inmensa losa,
aun a las almas nobles y más santas.

Todo ese ligero soplo, un triste sueño,
todo inútil, pomposa vanidad,
y todo deleznable asaz, pequeño
¡sólo tu grande, inmensa eternidad!.

Ese ¡sin fin..! ¡sin fin..! ¡Siempre! ¡Jamás!
aterra nuestra pobre inteligencia;
ese ¡siempre..! infinito lo verás,
porque rebasa el radio de la ciencia.

A los hombres nos muestras sin rodeo
tu grandeza, Señor omnipotente;
de eternidad a eternidad te veo
que todo lo contemplas claramente.

No temo los volcanes encendidos,
ni las garras de tigres y leones,
¿qué son vientos y mar embravecidos,
o la saña y furor de mil Nerones?

Oh dulce Padre, Padre nuestro tierno
líbrame de infeliz eternidad,
ten presente, mi Dios, que soy eterno
por tu santa, adorable voluntad.

¿Por qué temer la tempestad horrible,
el choque de los mundos siderales,
venganza y confusión la más terrible
que pueda estremecer a los mortales?

Terribles son tus juicios sobre el hombre
y excelso tu inefable obrar oculto,
y aunque la eternidad tanto me asombre,
en tus brazos de amor yo me sepulto.

Fr. Manuel de Diéguez

HOJAS DE CATECISMO

Frutos del Espíritu Santo y Bienaventuranzas

Decid los frutos del Espíritu Santo. Son doce: El primero, caridad, el segundo, paz; el tercero, longanimidad; el cuarto, benignidad; el quinto, fe; el sexto, continencia; el séptimo, gozo; el octavo, paciencia; el nono, bondad; el décimo, mansedumbre; el undécimo, modestia; el duodécimo, castidad. Decidme las bienaventuranzas. Son ocho: Primera, Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; segunda, Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra; tercera, Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; cuarta, Bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos; quinta, Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; sexta, Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios; séptima, Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios; octava,

EXPLICACION

¿Qué son frutos del Espíritu Santo? Unas obras excelentes que se hacen por la gracia del Espíritu Santo con carácter de deleitables, como premio de haber peleado valerosamente.

¿Por qué se llaman frutos? Porque introducen en el corazón del hombre una dulzura, a semejanza de la que comunica a la boca el fruto de un buen árbol.

¿Qué son bienaventuranzas? Unas obras de santidad y perfección que producen en el alma un estado de permanente bienestar y una fruición incoada de la suprema felicidad del Cielo.

Los premios prometidos a las bienaventuranzas, ¿pertenecen a la vida presente o a la futura? En cuan-

Bienaventurados lo que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. ¿Quiénes son los pobres de espíritu? Los que no quieren, a lo menos con el afecto, honras y riquezas aun moderadas. ¿Quiénes son los mansos? Los que no tienen ira, ni aún casi movimiento de ella. ¿Como poseerán la tierra? como señores de sí mismos. ¿Quiénes son los que lloran? Los que dejan los placeres aun moderados. ¿Quiénes son los que han hambre y sed de la justicia? Los que hacen con ansia el deber en todo. ¿Quiénes son los misericordiosos? Los muy piadosos, aun con los extraños. ¿Quiénes son los limpios de corazón? Los que son del todo mortificados en sus pasiones. ¿Quiénes son los pacíficos? Los obradores de paz en sí y en otros. ¿Quiénes son los que padecen persecución por la justicia? Los que están firmes en todo, aunque los persigan. ¿Por qué estas se llaman bienaventuranzas? Porque en ellas consiste la de esta vida, y la esperanza de la otra.

to son premios pertenecen a la vida presente, obrando en el alma una felicidad incoada; y pertenecen a la futura en cuanto son méritos, siendo como cierta disposición que conduce a la eterna bienaventuranza.

¿Qué tienen de común los frutos y las bienaventuranzas? Que unos y otros tienen razón de premios, que son deleitables, van inseparablemente unidos a la gracia, perdiéndose por el pecado.

¿Estos frutos y bienaventuranzas en dónde radican o se manifiestan? En la parte superior o sea en el alma, aunque algunas veces rebosan y se comunican a la parte inferior o sea a la sensibilidad; pero esto no es lo esencial, ni sucede ordinariamente.

¿Puede suceder que uno sufra y padezca en el cuerpo, al propio tiem-

po que goza en el alma de los frutos y bienaventuranzas? Indudablemente; y es lo más ordinario que el alma esté firme, tranquila y gozosa en medio de los dolores y trabajos del cuerpo, y aun en medio de las mayores tribulaciones. Así el apóstol decía: «Sobreamundo en gozo en medio de toda tribulación».

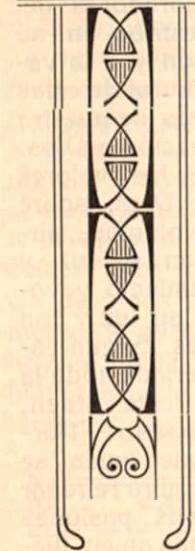
¿En qué se diferencian los frutos de las bienaventuranzas? En que los frutos tienen razón de fin inmediato y son pasajeros; y las bienaventuranzas de fin último más excelente y perfecto y son más permanentes.

¿Podrías aclararme esto con un ejemplo? Cuando uno come manjares o frutos agradables y sustanciosos,

su efecto inmediato y pasajero es producir placer y gozo en el paladar; además esos alimentos producen en el cuerpo un estado habitual de salud, robustez, bienestar y satisfacción; así los frutos del Espíritu Santo son como el efecto inmediato y transitorio de las buenas obras, y las bienaventuranzas son como el efecto permanente de gozo, paz y bienaventuranza de las mismas obras.

¿Qué fruto práctico sacaremos de esta lección? De tener una grande devoción al Espíritu Santo, obedeciendo a sus inspiraciones cuando nos impulsan a obrar cosas excelentes para así merecer y gozar de sus frutos suavísimos y bienaventuranzas.

EJEMPLO



Dice San Francisco de Sales: «Las virtudes de la devoción son las que únicamente pueden satisfacer al alma. Considera cuán simpáticas y bellas son. Pon en una balanza las virtudes y los vicios que les son contrarios. Que suavidad se encuentra en la paciencia, haciendo contraste con la ira y la tristeza; en la humildad, según que se opone a la arrogancia y ambición; en la liberalidad, que es contraria a la avaricia; en la caridad, contraria a la envidia; en la sobriedad, en oposición a los desórdenes. Las virtudes tienen de admirable que llenan el alma de una dulzura y suavidad incomparables después que se han practicado, al paso que los vicios la dejan abatida y postrada. Y comprendiendo esto, ¿por qué no hemos de adquirir estos tesoros? Acerca de los vicios obsérvese que el que es poco vicioso no está contento y el que es muy vicioso no descansa. En cambio el que empieza a ejercitar la virtud ya está contento, aumentando esta satisfacción interior a medida que va creciendo en virtud».

Diálogo entre hermanos

Dijo a su hermana Segismundo un día.
Riendo en son de zumba:
—¡Si te equivocas tu, por vida mía,
Que habrás hecho donosa granjería!
Sí, cual yo creo, no hay tras de la tumba,
Ni el cielo, ni el infierno que tú dices,
Quedarás con un palmo de narices.

Mas respondió su hermana:
—Vamos a ver entre los dos quien gana.
Si yo me engaño, al fin nada he perdido;
Honrada habré vivido.
Cual le está bien a la mujer prudente.
Y muerta, ni habrá premio ni castigo.
Más tú, viviendo de tan libre modo.
Y haciendo cuanto pasa por tu mente.
Si te equivocas, tú lo pierdes todo:
Y en este caso, ¿quién, como tú dices,
Quedaría con un palmo de narices?

EL MATRIMONIO

Explicación dialogada de la Encíclica "CASTI CONNUBII"

Reintegrar las cosas, y en este caso el matrimonio, al estado en que Dios las quiere es cosa sumamente racional, porque Dios es el Ordenador universal, y no puede haber orden en cosa alguna fuera de su inteligencia y voluntad; pero, ¿es cosa tan fácil como racional?

Para quienes creen en Dios y en su Providencia es cosa fácil en teoría, porque no le cuesta al creyente doblegar su pensamiento ante el pensamiento de Dios. Es difícil en la práctica, por la fuerza de la pasión, que recalitra con frecuencia contra los dictados de la razón. Y a tal punto pueden llegar las pasiones, que ofusquen completamente la razón y lleven al hombre a la ventura de sus caprichos, fuera de Dios y de su ley.

Así, ¿la pasión es factor de desconcierto en lo que al matrimonio se refiere, y para restituirlo a su dignidad y estima hay que someter previamente las pasiones a la razón?

Así lo afirma el Papa y nos lo dice la razón misma. En las cuestiones que se refieren al matrimonio entran en juego casi todas las pasiones. Como podemos llamar al matrimonio el punto céntrico de la vida del hombre llamado a este estado, así es el centro de confluencia de sus inclinaciones desviadas, que rebasan el ámbito personal para lograr estado social y hasta legal, con enorme perjuicio de esta santa institución. Es, pues, preciso, para restaurar el matrimonio, quitar este factor de desorden, sojuzgando las pasiones a la razón y ésta a Dios: [Mas como a esta diligencia se opone principalmente la fuerza de la pasión desenfrenada, que es en realidad la razón principal por la cual se falta contra las santas leyes del matrimonio, y como el hombre no puede sujetar sus pasiones si él no se su-

jeta antes a Dios, esto es lo que primeramente se ha de procurar, conforme al orden establecido por Dios].

¿Quiere indicarme en dos palabras el valor moral de la pasión y el lugar que debe ocupar en la actividad libre del hombre?

Las pasiones son fuerzas inferiores a la inteligencia y voluntad: su raíz no está en el alma sola ni el cuerpo solo, sino que, situadas en una especie de zona neutral de la vida, participan del cuerpo y del alma. No son buenas ni malas; pero pueden arrastrar al mal, si prevalecen contra la razón y la voluntad, como pueden ser colaboradoras del bien. Su valor moral estriba en su subordinación a la razón y a la voluntad, como el valor moral de estas dos facultades superiores de nuestra vida está en su subordinación a Dios. Tal es la jerarquía de los valores de la vida del hombre: Dios, sobre el pensamiento y la voluntad, sirviéndoles de norma con su luz y con sus leyes, y pensamiento y voluntad gobernando con su luz y con su fuerza a las pasiones. Según este concierto, está concertada toda la humana vida; si altera este orden, entra en ella el desconcierto: [Porque es ley constante que quien se sometiére a Dios conseguirá refrenar con la gracia divina, sus pasiones y su concupiscencia; mas quien fuere rebelde a Dios tendrá que dolerse, al experimentar que sus apetitos desenfrenados le hacen guerra interior.

Es decir que ¿es ley constante que quien se desprende de Dios para hacerse dueño de sí viviendo sin ley o fuera de la ley, en vez de lograr el señorío sobre sí mismo sufre la esclavitud de la pasión, que se rebela contra él?

Tal sucede fatalmente y por justo castigo de Dios, que quien no sirve a Dios debe servir a lo que es in-

ferior a sí, que es la pasión. Lo que concreta viva e ingeniosamente San Agustín cuando expone [con cuánta sabiduría se haya esto así establecido: «Es conveniente, dice, que el inferior se sujete al superior. ¡Reconoce el orden, busca la paz! Tú a Dios, la carne a tí. ¿Qué más justo? ¿Qué más bello? Tú al mayor, y el menor a tí; sirve tú a quien te hizo, para que te sirva lo que se hizo por tí. No reconocemos, en verdad, ni recomendamos este orden: ¡A ti la carne, y tú a Dios! sino: ¡Tú a Dios, y a tí la carne! Y si tú desprecias lo primero, es decir, Tú a Dios, no conseguirás lo segundo, esto es: La carne a tí. Tú que no obedeces al Señor, serás atormentado por tu esclavo»]

Pero, a medida que el hombre se adueña de los secretos de la ciencia y del mundo, ¿no tendrá más autonomía personal, más fuerza para domeñar sus pasiones, más independencia con respecto a Dios?

Completamente al revés. Porque a medida que crece el saber humano, así individual como socialmente, si no se humilla más el hombre ante Dios, son todavía mayores sus caídas. Nos lo enseña la experiencia de todos los siglos y particularmente de nuestros días: nunca como hoy se había progresado ni se había prescindido tanto de Dios! pero tampoco nunca se había dado el

tremendo contraste de la más alta gloria humana con la degradación más profunda. [Y el mismo bienaventurado Apóstol de las gentes, inspirado por el Espíritu Santo, atestigüa también este orden, pues, al recordar a los antiguos sabios, que habiendo más que suficientemente conocido al Autor de todo lo creado, tuvieron a menos adorarlo y reverenciarle, dice: «Por lo cual los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la impureza, de tal manera que deshonrasen ellos mismos sus propios cuerpos»; añadiendo: «por esto los entregó Dios a sus pasiones infames»].

¿Y en qué principio cristiano se funda esta ley de proporción inversa entre el progreso y la dignificación personal del hombre?

En la ley inexorable del abandono del hombre por parte de Dios, cuando antes ha sido Dios abandonado por el hombre. Dios no quiere perder su señorío sobre sus criaturas, y menos sobre las criaturas libres, y les retira su socorro, siempre necesario, para sujetarlas por vergonzosa servidumbre, cuando no quieren reconocer al supremo dominio de quien es Autor de ellos y de las cosas en que se glorían: [«Porque Dios resiste a los soberbios y da a los humildes la gracia» sin la cual, como enseña el mismo Apóstol, el hombre es incapaz de refrenar la concupiscencia rebelde]

CARNE INDIGESTA

EL RICO Y EL SANTO

Con ocasión de la visita que hizo el alcalde de Marsella M. Georges Ribot, al monasterio de Montserrat (Barcelona), acompañado del Ayuntamiento y de la Generalidad, el distinguido visitante dedicó un amplio elogio a la magnífica biblioteca del monasterio. Uno de los acompañantes apuntó la posibilidad de que en plazo más o menos largo podría aquello pasar a la biblioteca de Cataluña. A lo cual repuso el alcalde mencionado: «Nosotros en Francia quisimos, también, hartarnos de carne de cura, pero hemos desistido ya, porque resulta demasiado indigesta».

Un siglo hará, murióse un tío opulento, le enterraron y... ¡abur! se acabo el cuento, de gusanos plagóse el cuerpo frío, y ya nadie se acuerda del tal tío.

En la siguiente aurora a un pobre santo le llegó su hora, y del gusano vil tampoco libra, que el cuerpo le devora fibra a fibra...

Quiere roer su virtud... ¡intentos vanos! «La virtud no la comen los gusanos».

LAS VACACIONES

Ya es hora; partid alegres,
Bandada de Ruiseñores,
Que dialogáis con las flores
De la tarde en el frescor.
Volad, festivos y alegres,
A vuestros castos hogares,
A gustar las azahares
De vuestra vida aun en flor.

Corred, brincad, divertíos,
Como tiernos recentales,
En las tardes estivales
Junto al arroyo locuaz.
Abrid vuestros ojos puros
A la luz, y vuestros pechos
Aire aspiren satisfechos;
Por altos montes trepad.

Llenad de dicha la copa
Del ser hasta desbordarse;
Ved vuestras horas pasarse
Como naves en la mar
Cargadas con nuevos goces
Y empujadas por la brisa,
Suave como sonrisa
Cuando se principia a amar.

Vuestro rostro la alegría
Difunda como la aurora,
La tristeza roedora
Nunca os lacie el corazón.
Mantened el alma viva
Con aguas de la inocencia,
Tened pura la conciencia;
No halla paz el pecador.

Sencillos como palomas
Y sabios como serpientes.
No bebáis de impuras fuentes
Ni al enemigo vayáis.
La llave de vuestro pecho
No déis a improbadado amigo,
Que no hay peor enemigo,
Que en el que más confiáis.

Vuestro vaso quebradizo
Llevad con santo cuidado,
Que el navío que es osado
En el escollo va a dar.
De flor en flor id volando,
Como alegre mariposa;
Sólo os prohibo una cosa,
Y esa cosa es... el pecar. X.

Eso... para las mujeres

Para las mujeres y para los hombres indistintamente se fundó la Religión católica; lo probaremos con las palabras de un célebre escritor moderno. Dice así:

«Veamos, pues: ¿cuáles son las obras que prefieres? ¿Las de la ciencia? No era una mujer el célebre Bacon, y sin embargo no creyó perder el tiempo haciendo que la oración precediera al estudio. Galileo declaraba haber explorado los espacios del cielo más con el auxilio de la divina gracia que con la ayuda del telescopio.

¿Prefieres las letras? No era una mujer Dante, y puede decirse que su poema es toda una oración. No era una mujer Torcuato Tasso, que al empezar su poema «Jerusalén Libertada», se dirigía a aquella musa «que en cielo entre felices coros, tiene de inmortales estrellas áurea corona».

¿Te gustan las obras de pintura? Pues ahí tienes los lienzos del Beato Angélico, con ese no sé qué de lozanía y de gracia toda celestial e inimi-

table; como que no les dió color sino después de haber sacado del cielo, con la oración, las más dulces inspiraciones.

¿Te deleita la música? Mira a Haydin, el cual encabeza sus escritos con estas palabras: «In nomine Domini» y cuando componiendo sus famosos oratorios, siente que le faltan las ideas, suele hacerlas brotar con el rezo del «Avemaría».

Si buscas obras de agricultura, ¿quién roturó tantas selvas vírgenes, convirtiéndolas en fértiles campiñas, sino la mano del pobre fraile, que templaba la aspereza del trabajo con el devoto alternar de sagrados cánticos...?

Por último las obras de beneficencia, los servidores de los enfermos, los Hermanos de San Juan de Dios, las Hermanas de la Caridad, las del Buen Socorro, todas estas instituciones benéficas, ¿a quién las debemos sino a hombres de oración?».